

VOCES ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA

Comunicación, política y ciudadanía

Florencia Saintout y Andrea Varela (directoras)

Daiana Bruzzone (coordinadora)

CIBERDEMOCRACIA Y NUEVAS LÓGICAS DE LA MEDIACIÓN UNA MIRADA DESDE EL SUR Y DESDE ABAJO

Por Francisco Sierra Caballero¹

Introducción

Tratar de repensar la construcción del campo comunicacional desde el punto de vista de la ruptura que, en cierto modo, introduce la tecnología y el desafío epistemológico del necesario diálogo interdisciplinario en un escenario abiertamente de crisis, de debilidad del pensamiento crítico y, sin embargo, no obstante, de emergencia de un ser y pensar Otro, visible como actor político en los nuevos movimientos sociales de la región, se antoja, en nuestro tiempo, un problema hartamente complejo, difícil de acometer

1 Director General de CIESPAL. Investigador del Instituto Universitario de Estudios sobre América Latina de la Universidad de Sevilla. Editor de la Revista de Estudios para el Desarrollo Social de la Comunicación (REDES.COM) (www.revista-redes.com). Director Científico de la Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura (www.ulepicc.net) y Vicepresidente de la Confederación Iberoamericana de Asociaciones Científicas en Comunicación (CONFIBERCOM).

en un momento de transición y crisis de paradigmas. La nueva economía simbólica del desarrollo de la ciudadanía en América Latina exige no obstante una lectura histórica a contrapelo de las interpretaciones neodifusionistas y tecnológicamente determinantes del metarelato posmoderno neoliberal que ha *iluminado* la industria de telecomunicaciones a nivel regional. Conscientes de la necesidad de asunción de la ambivalencia y el potencial de las derivas y lógicas sociales que la cultura moderna negó por omisión hoy se vislumbra para ello, en el horizonte cognitivo de América Latina la emergencia de una nueva conciencia posible que permitiría definir una nueva lógica y pensamiento del Sur, actualizando, para trascender, la experiencia de la Escuela Latinoamericana de Comunicación. La constatación de dicha emergencia tiene antecedentes y continuidades en el tiempo con procesos de liberación de largo recorrido en el subcontinente.

La participación ciudadana en Latinoamérica a través de las redes sociales es, de hecho, resultado de un largo y continuado proceso de apropiación social de las nuevas tecnologías en las conflictivas y contradictorias luchas por la democracia frente a la falta de canales de representación y visibilidad pública de un sistema privativo, y en ocasiones de virtual monopolio, de los medios tradicionales o analógicos. Así, el dominio del sector privado y la integración del audiovisual, bajo control de las principales operadoras transnacionales, dibujan un mapa de medios poco o nada favorable a la apertura de canales de diálogo público, que ha hecho posible y ante todo necesaria la movilización y protesta social como estrategias de irrupción en el escenario público, si bien en la última década el cambio del mapa político regional ha propiciado el desarrollo de medios públicos y ciertos derechos de acceso de la ciudadanía en algunos países del subcontinente. Es en este marco pues donde las redes sociales alcanzan su proyección e importancia como medios o canales alternativos de información. Manuel Castells sitúa la centralidad de este tipo de comunicación política emergente en el año 1994, a partir del levantamiento zapatista del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas, por representar, en cierto modo, una doble ruptura simbólica y mediática al coincidir, por un lado, con la entrada en vigor del Tratado

2010b, 2014; Yehia, 2007) a fin de romper con la racionalidad binaria y externalizada del mediactivismo como un simple proceso de apropiación, resistencia y oportunidad política.

Desde los años setenta del siglo pasado, las prácticas locales y creativas de comunicación y los testimonios de resistencia suscitados a través de los procesos de comunicación participativa vienen dando cuenta en este sentido de la potencia liberadora de los saberes invisibilizado y excluidos históricamente en la comprensión de la comunicación. De la *Investigación-Acción Participativa* como metodología colectiva de producción de conocimiento con participación de los actores, siguiendo las exploraciones de Orlando Fals Borda en torno a la experiencia de lo popular y lo cotidiano, a las nuevas experiencias de prensa digital mapuche en la Araucanía, la tradición latinoamericana ha acumulado un importante capital cognitivo basado en la reivindicación del diálogo de saberes que interpelan las culturas populares, afroascendientes e indígenas, en función de la construcción socioanalítica de conocimiento como lógica de apropiación de los saberes comunes, resituando así la práctica teórica en el terreno de las formas ancestrales y antagonistas de lo procomún, de la tierra y las cosmogonías invisibilizado por la racionalidad cartesiana; esto es en otras palabras, como opción epistémica y política frente a la condición de colonialidad en la que ha vivido históricamente la región. Es por ello que hoy se puede afirmar que tal legado constituye sin lugar a dudas una ventaja comparativa además de un aporte extraordinario y singular, considerando, como vamos a analizar a continuación, el contexto cultural emergente de la era de la información y conocimiento distribuidos en red.

Revolución digital y nuevas matrices epistémicas

El alcance de los cambios en curso asociados al desarrollo de las nuevas tecnologías de la información electrónicas comprende una profunda transformación del sistema de organización de la vida pública a partir de las pautas, sistemas y culturas de la información. “Las nuevas tecnologías impactan en los subsistemas

de producción, distribución y consumo, por un lado, y en los mecanismos de reproducción social y del poder, por otro. Cambian, también, las nociones de tiempo y espacio, de poder y libertad, lo individual y colectivo, lo público y privado, nacional e internacional, productivo e improductivo” (Zallo, 1992: 45).

En este proceso, la transformación cultural del ecosistema por acción de los nuevos medios de reproducción simbólica representa una impugnación radical de las formas de socialización y reproducción del saber así como de las prácticas sociales de la modernidad ante el proceso de semiotización y estetización de la vida cotidiana que apunta la reconversión de las dinámicas científico-tecnológicas que regulan las relaciones del campo del conocimiento y la producción social general a partir de la socialización de las formas colectivas de trabajo que representa el paradigma de la cibercultura. Como bien apunta Negri, nuestro tiempo es el tiempo del sujeto *cyborg*, es el tiempo de la fábrica social, de la sociedad-empresa o, en otros términos, del sujeto trabajador polivalente como valor, como fuente y única garantía de reproducción y valorización del capital. El proceso de informatización de la economía y de espectacularización del capital, los logros de la denominada eufemísticamente nueva economía ha de interpretarse, en este sentido, como un proceso revolucionario de reorganización territorial, simbólica y normativa de la vida social en el capitalismo, en el que lógicamente, junto a procesos de racionalización y reestructuración de la economía, tienen lugar procesos de descentramiento y diferenciación entre clases y grupos sociales, unidades económicas integradas y espacios geográficos a nivel local, nacional y regionalmente.

Ahora bien, en este contradictorio proceso de transformación, las nuevas redes telemáticas abren un escenario potencial de múltiples sinergias productivas de cooperación y autonomía comunitaria que alteran los enclaves traicionales de observación de este fenómeno. Si asumimos como reto pensar la comunicación como un compromiso emancipador, como un ejercicio de reflexividad colectiva y de liberación de las potencialidades y singularidades humanas, podemos cuando menos concluir la necesidad de repensar los modelos conceptuales desde las necesidades y deseos de la multitud, desde la pluralidad informativa, la justicia social

y la defensa de la multiplicidad de voces y culturas. La fundación de un pensamiento para el cambio social es, sin duda, el primer paso para transitar de la concepción formal y sobredeterminada de la comunicación multimedia global a la realización material de la concepción democrática de las redes de interacción simbólica. En este empeño, cabe destacar diversos límites y obstáculos epistemológicos. El principal problema es probablemente de carácter comunicativo, la ausencia de un lenguaje común que pueda traducir en forma de proyecto colectivo el antagonismo a partir de la comunicación de las singularidades. Como advierten Antonio Negri y Michael Hardt, “en nuestra celebrada era de las comunicaciones, las luchas se han vuelto casi incomunicables. Esta paradoja de incomunicabilidad vuelve extremadamente difícil comprender y expresar el nuevo poder derivado de las luchas emergentes” (Negri/Hardt, 2000: 34).

Por otro lado, la política de la diferenciación simbólica anula y dispersa la potencia emancipadora de la multitud. En el horizonte posmoderno de la sociedad global, parece que la hibridez y ambivalencia cultural de las identidades autocentradas desafían la lógica binaria del *Yo* y del *Otro*, desplazando los discursos sexistas, xenófobos y racistas a los márgenes del sistema. Las políticas de la diferencia pueden sin embargo ser compatibles con las estrategias de segmentación y jerarquización que, incorporando las voces y valores culturales minoritarios de los grupos oprimidos y marginales, ordenan y extienden las formas de *biopoder* global. “Las estructuras y lógicas de poder en el mundo contemporáneo son absolutamente inmunes a las armas liberadoras de las políticas de diferencias posmodernistas. De hecho, también el Imperio está decidido a eliminar aquellas formas modernas de soberanía y poner a las diferencias en juego por encima de las fronteras. Por ello, pese a sus buenas intenciones, las políticas posmodernistas de las diferencias no sólo son ineficaces contra el mundo imperial, sino que incluso apoyan y coinciden con sus funciones y prácticas” (Negri/Hardt, 2000: 84). Tal énfasis de los estudios culturales en comunicación anglosajones en la diferencia, la multiplicidad y el simulacro coincide, en este sentido, con la afirmación funcional de las ideas estratégicas del capital. La afirmación de la diferencia

y la hibridación es, sin embargo, al mismo tiempo una afirmación de comunidad, una defensa de la vida en un mundo inhóspito, una forma de defensa y articulación de las redes de desarrollo solidario. Así las cosas, ¿desde qué bases y perspectivas puede activar el poder de la crítica sus dispositivos emancipadores?, ¿qué alternativas tenemos para la acción transformadora?, ¿cómo pueden ser reorientados los medios y tecnologías de la información en un sentido democrático?, ¿qué líneas y ámbitos de actuación son prioritarios para el diseño alternativo de una sociedad de la información, en verdad, para todos en América Latina? Responder a estas y otras cuestiones fundamentales exige sin duda un esfuerzo de reflexión teórico que no es viable plantear en este momento. Pero sí al menos podemos apuntar algunas cuestiones cruciales de intervención estratégicas a modo de cuaderno de bitácora en la exploración el objeto de estudio que nos ocupa.

La primera de las cuestiones a introducir en el debate académico es la reivindicación de la noción de ciudadanía universal. Las nuevas redes telemáticas, el ciberespacio, las nuevas autopistas de la información plantean hoy un problema ideológico fundamental de legitimación y fundamentación de un nuevo pacto social. Sobre las formas convencionales de socialización, sobre las prácticas y representaciones simbólicas modernas, el ciberespacio introduce nuevos hábitos y relaciones. Como señala Echeverría, los problemas técnicos de acceso, circulación o transmisión rápida y segura de la información a través de Internet son importantes, pero resulta mucho más urgente reflexionar sobre la conformación de la red como nuevo espacio ciudadano. La ruptura de los límites internos y externos de la ciudad y de los territorios, la integración y confusión de los ámbitos públicos y privado, tradicionalmente escindidos en el discurso y la comunicación política de la modernidad, no sólo apuntan la necesidad de reconocer las nuevas pautas culturales de organización y socialidad humanas, sino también, a través de las diversas formas electrónicas de interacción e intercambio de información, la constitución de un nuevo espacio de identidad y participación política efectiva. Más allá de la radical desarticulación espacial y de estructuración de los parámetros del universo social, las NTIC están planteando al respecto un nuevo

enfoque de la ciudadanía, una nueva cultura de apropiación e integración doméstica del espacio en el que, por necesidad, no podemos hablar propiamente de distinción entre lo interno y lo externo a la manera que lo hace Habermas en su reconstrucción histórica de la esfera pública burguesa. Y, desde luego, no nos son válidas las nociones heredadas del siglo XIX de ciudadanía y de sujeto histórico.

Los límites, formas y dimensiones culturales de la revolución digital inauguran una lógica biopolítica fundamental que trasciende el viejo debate en torno al sujeto, ahora convertido en terminal de la red telemática. Las NTIC remiten hoy con Latour, a un nuevo actor-red, un sujeto estriado, complejo y contradictorio que, en conexión con el entorno múltiple de la tecnología electrónica, muestra un yo móvil, disperso y molecular. Más aún, el *cyborg* es hoy el único modelo que nos permite teorizar la subjetividad. Cuando – como escribe Negri– el capital ha absorbido completamente a la sociedad, cuando la historia ha terminado, la subjetividad, motor de la transformación del mundo por el trabajo e indicador metafísico de los poderes del ser, nos anuncia que la historia no ha terminado. Antes bien, emerge con toda su fuerza y potencia liberadora. Un síntoma de esta nueva situación es el fenómeno de la migración.

La fuerte e imparable movilidad de la fuerza de trabajo, la lógica difusa e imprevisible de los desplazamientos de amplios contingentes de la población constituye una poderosa forma de impugnación y desequilibrio para el Imperio. La migración y comunicación intercultural representa por ello una fuente dinámica de activación de la lucha de clases en las sociedades posmodernas. “El deseo desterritorializada de la multitud es el motor que empuja todo el proceso de desarrollo capitalista y el capital debe intentar constantemente contenerlo” (Negri/Hardt, 2000: 75).

La comunicación global nos sitúa en este sentido ante el reto y la experiencia de la ciudadanía global, siendo la movilidad de sujetos y flujos de información un factor de ruptura del sistema.

La resistencia de la multitud a la servidumbre, la lucha contra la esclavitud de pertenecer a una nación, una identidad y un pueblo, y por ello la deserción de la soberanía y de los límites que le impone a la subjetividad es absolutamente positiva. El nomadismo y la mezcla de razas aparecen aquí como figuras virtuosas, como las primeras prácticas éticas en el terreno del Imperio. Desde esta perspectiva, el espacio objetivo de la globalización capitalista se quiebra. Sólo un espacio animado por la circulación subjetiva y sólo un espacio definido por los movimientos irreprimibles (legales o clandestinos) de los individuos y los grupos sociales es real (Negri/Hardt, 2000: 189).

Coincidimos en este punto con Negri, que en el seno de la sociedad hipermediatizada y de comando flexible, la migración y la comunicación intercultural abren la puerta a la esperanza del comunismo. Si bien las contradicciones fundamentales de este nuevo orden imperial pueden parecer imperceptibles por el control totalitario del comando informacional, mostrándose ilocalizables, invisibles y elusivos los puntos de articulación y transformación liberadoras, las alternativas de cambio y movilización colectiva proliferan y se multiplican en los pliegues del sistema. Así, las formas reticulares de lo espectacular integrado no sólo organizan los procesos de reproducción unidireccionalmente sino también las formas de cooperación y comunicación social dentro y fuera del sistema.

Las redes cívicas, los telecentros comunitarios o las plataformas públicas antiglobalización están generando formas innovadoras de apropiación y uso de las NTIC, revitalizando los procesos creativos de organización y desarrollo social tan caros a la experiencia alternativa en América Latina. Esta capacidad innovadora deriva de la compleja capacidad de conocimiento, del elevado nivel de conciencia, al estar expuesta, a diferencia de las formas tradicionales de comunicación, a los requerimientos y cambios del entorno, lo que exige una amplia capacidad reflexiva para evaluar las situaciones y dar respuesta en cada momento a las transformaciones del medio. Las comunidades son, en otras palabras, comunidades

inteligentes, organizadas para la acción. Por primera vez, en otras palabras, la comunicación se ve expuesta a convertirse en un saber para el cambio. Y este es, a nuestro modo de ver, la principal aportación de las NTIC: pensar la comunicación vinculada a la acción, al desarrollo y necesidades radicales de los sujetos y conjuntos humanos, tal y como la teoría y práctica latinoamericana ha venido cultivando en sus espacios y pliegues de la esperanza. Pues en el contexto de la comunicación global como dominio, el rearme de la red, la religancia, y la creación del saber en común que estructura el tejido social, es la condición imprescindible para la construcción de un nuevo ciclo virtuoso del desarrollo. Más aún, la conexión es un principio necesario para el aprendizaje autogestionario de los recursos que dispone cada grupo y la comunidad en su conjunto. Por eso, las metodologías emancipadoras de la tradición latinoamericana en comunicación resultan hoy más que nunca pertinentes para la estructuración de redes sociales con base en la comunicación y la educación, a la hora de enfrentar de manera conjunta la realidad del desarrollo comunitario, a partir de lo real concreto.

Ahora, apuntados algunos enclaves epistémicos desde los que pensar y comprender la revolución digital, conviene definir a continuación de qué redes estamos hablando, cuál es la naturaleza y papel del llamado tercer sector en el nuevo entorno virtual, cómo y desde dónde podemos analizar la *ciberdemocracia* en la nueva economía simbólica de la región.

Nuevos movimientos sociales y voces emergentes

Hoy es comúnmente reconocido por el conjunto de las ciencias sociales que, en el nuevo contexto de la globalización, el ser y actuar de los movimientos sociales cobra nuevo significado y una importancia estructural decisiva. Son pocos sin embargo los estudios relativos a la comunicación y las formas contemporáneas de acción colectiva en América Latina, pese a la centralidad en los actuales procesos de transformación histórica que estamos viviendo. En todos los trabajos académicos sobre la materia, se constata

en cualquier caso la emergencia de nuevas voces y prácticas de mediación que ilustran la existencia de singulares procesos de articulación política y social.

El advenimiento de la llamada sociedad de la información, la complejidad del desarrollo tardo capitalista y la expansión del consumo cultural de las llamadas clases medias se ha traducido, en los últimos años, en un movimiento de creciente fragmentación social y de multiplicación de la diversidad de las contradicciones sociales en la región, dando pie a la configuración de numerosos movimientos con identidades, objetivos e intereses particulares en relación al sistema social. “La diferenciación de campos, actores y formas de acción no permite seguir con la imagen estereotipada de los actores colectivos moviéndose en el escenario histórico como los personajes de un drama épico; igualmente desacreditada se encuentra la imagen opuesta de una masa amorfa guiada exclusivamente por sus instintos gregarios” (Melucci, 1994: 155). El efecto directo del proceso de globalización ha sido la creciente diferenciación de las formas y estilos de vida, así como la mayor vinculación de los diversos grupos humanos con los intereses relativos a la calidad de vida y las formas locales de lucha y reivindicación social.

Como ha sido ya subrayado por numerosos autores, en la nueva sociedad tribal, hemos pasado de un orden bipolar a la complejidad polisémica de los discursos y las prácticas políticas plurales, siendo los movimientos ciudadanos la más visible constatación del cambio y el pluralismo distintivos de la nueva sociedad de la información, lo que naturalmente hacen de los movimientos sociales un objeto privilegiado de análisis del cambio social. El estudio de las nuevas modalidades de acción colectiva configura así un campo interdisciplinario determinante, de gran amplitud y alcance en su tratamiento metodológico. Melucci ha llegado incluso a criticar lo que se ha dado en llamar nuevo “paradigma de los movimientos sociales” por su progresiva ontologización. La creciente importancia asignada a la pluralidad de significados y a las formas de acción implícitas en estos nuevos fenómenos colectivos –que afectan a diferentes niveles de la estructura social– es reveladora no obstante de la creciente importancia de estas diná-

micas constructivas de intervención. Desde el punto de vista de la comprensión de las nuevas lógicas sociales, de la nueva economía simbólica que introduce la galaxia Internet, lo que –en coherencia– exige un mayor esfuerzo de estudio y apertura de la investigación comunicológica en función de la diversidad y novedosa acción social de los nuevos actores colectivos emergentes.

Ahora bien, el propio concepto de movimiento social se ha tornado tan complejo, teórica y analíticamente, que, al convertirse en el centro de la acción y el cambio social tardo capitalista, la ambivalencia y pluralidad de las experiencias existentes dificultan conceptualmente su identificación, al punto de crear en ocasiones ciertas ambigüedades más que confusas, no sólo entre los estudiosos de la ciencia política y la sociología, sino incluso entre los propios sujetos y actores participantes que forman parte integral, o al menos creen formar parte, de eso que llamamos nuevos movimientos sociales.

Los intentos por unificar la definición de este tipo de acciones colectivas han fracasado, en la mayoría de los casos, a la hora de lograr el consenso sobre el sentido y función de este tipo de organizaciones. En otros casos, las aproximaciones conceptuales al nuevo campo sólo se han podido llevar a efecto mediante la búsqueda de un mínimo común denominador. Mario Diani, por ejemplo, ha definido la teoría de los nuevos movimientos sociales a partir de cuatro aspectos básicos: la constitución y organización informal en redes; la construcción de valores y creencias compartidas; el desarrollo de la acción en áreas de conflicto; y la independencia de las actividades del colectivo frente a la esfera institucional (Revilla, 1994: 185) por entender –en este último caso– la Sociología que los movimientos sociales constituyen una forma dinámica y flexible de reconstitución de la identidad colectiva, fuera del ámbito de la política formal. Otros autores, en cambio, han llegado a la conclusión de destacar básicamente tres características principales, entre las señas de identidad que los distinguen, a saber: la racionalidad estratégica en la coordinación de esfuerzos y la movilización de recursos; las nuevas formas organizativas, con el objetivo de garantizar la cooperación asociativa; y la reflexividad como toma de conciencia sobre el papel y los

factores determinantes en el juego de poderes que, por supuesto, también condiciona la actividad de este tipo de organización.

Como resultado de esta misma confusión y complejidad en la definición del campo objeto de estudio, los nuevos movimientos sociales han sido analizados a partir de muy distintos enfoques teóricos, desde tantos marcos conceptuales como programas de investigación ha desarrollado la Sociología. No procede discutir aquí las distintas concepciones conocidas sobre las formas abiertas de movilización social como objeto de conocimiento. Nos conformaremos, por lo pronto, con tratar a continuación de describir las bases conceptuales desde las que pensar el netactivismo contemporáneo que tiene lugar en la región, según una concepción cultural constructiva y dialógica. Partiremos para ello de la idea o noción de movimiento social como actor colectivo que interviene en procesos de transformación desde una visión emancipadora del cambio social, frente a un concepto instrumental y positivista de la movilización y el modelo analítico fundamentado en el interés y el cálculo individual de la organización de la acción colectiva. Esto es, el movimiento social se constituye sobre lo manifiesto y organizativo de su estructura, pero en función de lo latente, de un imaginario o estrato simbólico, como punto de identificación que agrupa al conjunto social de dicha red informal. Coincidimos por tanto en lo esencial con el planteamiento básico del enfoque de la identidad colectiva que interpreta la acción social como fruto del valor añadido que los actores asignan a las señas de identidad, entendida ésta como interactiva y compartida, es decir, más como un proceso abierto que como un producto. Desde esta perspectiva, los movimientos sociales son conceptuados como espacios simbólicos de producción imaginaria, regulados por un código, un lenguaje, una expresividad propia, y, en última instancia, por una identidad que determina y orienta el sentido último de la acción.

Alberto Melucci distingue, en este sentido, tres dimensiones elementales que entretrejen el proceso de identidad:

- Las estructuras cognoscitivas relativas a los fines, medios y ámbitos de acción.

- Las relaciones entre los actores que negocian, se comunican y adoptan colectivamente las decisiones operativas.
- Y las inversiones emocionales, las plusvalías afectivas que invierten en su conocimiento dichos actores.

Si bien en los últimos años los investigadores han resaltado la importancia del segundo y tercer elemento, cabe coincidir con Pizzorno que la base de tales interacciones se estructura a partir del principio de identificación de los intereses comunes. Para que se pueda hablar de un interés colectivo y del desarrollo de sus expectativas es necesario referirse a un proceso de identificación en el cual se articula un proyecto de grupo que da sentido a las preferencias y expectativas colectivas e individuales. Precisamente, en el círculo de reconocimiento, según Pizzorno, se comparten y estructuran las apropiaciones simbólicas. Es decir, sólo desde la pertenencia a una identidad colectiva se refuerza la identidad personal. Y justo a partir de la acción se construye el mundo de vida, en el sentido de percepción del pasado-presente hacia el futuro, hacia la construcción de proyectos colectivos desde el ámbito de una topología imaginaria.

Es decir, todo movimiento social siempre es más que lo que la organización abarca. En cuanto agente movilizador que desarrolla su trabajo en constante y continua acción pública, Joachim Raschke señala que un movimiento social se define por una alta interpretación simbólica; es decir, el grupo que se constituye como movimiento social se caracteriza por un pronunciado sentimiento de nosotros. Desde una perspectiva sociosemiótica, podemos considerar estos colectivos como instancias generadoras de signos que fortifican su integración y consolidan la identidad de sus miembros. Los individuos que participan en la movilización colectiva actúan a partir de la información a la que socialmente pueden acceder y que, en muchas ocasiones, el propio grupo les proporciona, configurando a través de múltiples mediaciones su actitud, sus aspiraciones y su comportamiento. Las dimensiones culturales y normativas que conforman el lenguaje de interacción del grupo constituyen por tanto la base de referencia que identifica mutua-

mente a los miembros del movimiento social por oposición a otras instituciones y organizaciones sociales. Melucci llega, en este sentido, a definir analíticamente todo movimiento social como una forma de acción solidaria que se desarrolla a partir del conflicto, rompiendo los límites del sistema en que ocurre la acción.

Con Alain Touraine, sabemos que, en el marco del nuevo modelo de producción tardo capitalista, los conflictos que se originan a partir de los desequilibrios sistémicos explican en parte el impulso y desarrollo de los nuevos movimientos sociales frente a las formas sofisticadas de control y dominación social. En otras palabras, la noción de movimiento social remite a prácticas de acción colectiva orientadas a la transformación de las relaciones de dominio. Ahora bien, centrarse en las estructuras de determinación puede llevarnos a desestimar los factores de identidad como elementos secundarios, un viejo debate como sabemos en los estudios culturales.

Raschke propone, por ello, separar analíticamente todo movimiento social de la evolución general de la sociedad. “Si bien en las fases tempranas del desarrollo de los modernos movimientos sociales la –supuesta– dirección del movimiento de la sociedad aún no estaba separada del colectivo de acción que se refería a ese cambio social, cada vez se diferencia de forma más fuerte en los movimientos y en la ciencia social el hecho de que la dinámica del movimiento no es idéntico a la dinámica de la sociedad” (Raschke, 1994: 127). Reconocer no obstante la autonomía de los movimientos sociales no implica aceptar su indeterminación. “Ni los modelos macro estructurales, ni los basados en las motivaciones individuales tienen capacidad para explicar las formas concretas de acción colectiva o la implicación individual en tales acciones. Entre el análisis de los determinantes estructurales y el de las preferencias individuales falta el análisis del nivel intermedio relacionado con los procesos a través de los cuales los individuos evalúan y reconocen lo que tienen en común y deciden actuar conjuntamente” (Melucci, 1994 : 167).

Un movimiento social, como escribe Ledesma, no es un *datum*, algo fijado de antemano, sino un proceso; es decir, el movimiento social es, y no es, un resultado específico de la acción del

movimiento. Más aún, es un proceso colectivo en el que los actores negocian y renegocian continuamente todos los aspectos de su acción. Es a través de este proceso de contrato comunicativo, en el diálogo y la participación pública como se crean nuevos códigos culturales y posibles alternativas simbólicas a nivel interno y externo, en el momento de construcción de la identidad común. La generación de información, la comunicación de significados y el intercambio de signos constituyen, por lo mismo, objetos esenciales en la actividad del grupo. Los movimientos sociales pueden ser concebidos así como sistemas de comunicación estructurados en múltiples redes de relaciones sociales, donde los grupos formales actúan como nudos encargados de recepcionar y retransmitir los mensajes que propician las movilizaciones tendentes a reivindicar tanto cuestiones concretas y puntuales, como genéricamente nuevos modelos culturales. En otras palabras, los movimientos sociales son sistemas de acción que operan en campos socioculturales que limitan y ofrecen determinadas posibilidades de transformación del contexto.

En esta línea, Joseph Gusfield asocia los movimientos sociales con las exigencias socialmente compartidas para operar un cambio en las estructuras o el orden social. El objetivo del cambio está implícito en la mayoría de las definiciones conocidas. Por ejemplo, Anthony Giddens se refiere a un interés común que requiere de un reconocimiento público o, en caso contrario, forzará el cambio para su aceptación. Mientras que Touraine incluso reduce el concepto de movimiento social a aquellas organizaciones cuyo comportamiento colectivo implica una lucha histórica en pos del cambio y el progreso social; es decir, en palabras de Melucci, los movimientos sociales se reconocen por un comportamiento conflictivo que no acepta roles sociales impuestos por las normas institucionalizadas, anula las reglas del sistema político y/o ataca la estructura de las relaciones de clase de una sociedad dada.

Desde este punto de vista, los movimientos sociales son portadores de una racionalidad del mundo de vida que, frente a las formas de racionalidad instrumentales propia de las instituciones, busca transformar la sociedad. El contenido, de hecho, de los nuevos movimientos sociales viene delimitado básicamente por la

toma de “conciencia de los límites civilizatorios alcanzados por las sociedades modernas en su continua expansión” (Riechmann/Fernández Buey, 1994: 13), tanto a nivel social como culturalmente, resultando así el contexto comunitario de cambio un problema de revalorización de la identidad colectiva de los actores y grupos sociales.

Todo grupo, así como los sujetos a título individual, participan permanentemente en el capitalismo de un proceso colectivo de construcción de la identidad propia y ajena. Tal proceso es por completo relativamente indeterminado y abierto. Ello, lógicamente, provoca problemas de identidad y de ideología. Con su identidad –como comenta Prieto Rodríguez Villasante–, porque las pulsiones del ello preconsciente están siempre presentes y afectan al estilo y personalidad del grupo. Con su ideología, porque las justificaciones que vienen del super-yo meten los ancestrales históricos locales en cantidad de ritos y mitos fundantes de tales pretendidas racionalizaciones. Todo grupo que interviene en el campo de las relaciones sociales intenta por lo mismo promover activamente sus representaciones distintivas con fines hegemónicos. Máxime en un contexto de cambio acelerado y de desintegración social, como el que actualmente domina en los sistemas sociales basados en la información y el conocimiento, que intensifica la lógica de flujos y redes de conexión y consumo iconofágico.

Cultura e hipermediaciones en la era digital. Un problema de pedagogía democrática

Los procesos de hibridación cultural y de reorganización del universo simbólico, producto de un mercado en imparable progresión globalizadora, ha generado, por necesidad, nuevos modos de asentamiento de las identidades culturales, fragmentando los discursos grupales en la intersección entre lo masivo, lo culto y lo popular. “El tema de la identidad sociocultural cobra cada vez más relevancia a medida que se desarrolla la sociedad industrial capitalista, pues su dinámica de mercantilización de cada vez más esferas de la existencia humana, la expansión de la racio-

nalidad instrumental y la colonización del mundo vital corre los vínculos sociales y las identidades socioculturales tradicionales” (Riechmann/Fernández Buey, 1994: 66). De aquí la necesidad de comprender el sentido de ese espacio o mundo de vida en el que los nuevos movimientos sociales perciben que hay que intervenir frente a las formas de control social producto de una racionalización tecnológica exacerbada, considerando sobre todo que la identidad cultural es un factor primordial de comprensión y dominio cognitivo del entorno.

De acuerdo con Giddens, “la política moderna de emancipación está siendo complementada y modificada por la emergencia de una política-de-la-vida, que tiende a centrarse en problemas que fluyen de la realización personal pero afectan a las estrategias globales y que nos lleva a reapropiarnos de cuestiones existenciales y morales básicas” (Giddens, 1993: 143). En función de su importancia reguladora de la acción, esta política de la subjetividad es estratégica en la valorización del problema de las mediaciones culturales que conforman la estructura fragmentada e inestable de la lógica cultural posmoderna. La valoración de los espacios y mundos de vida ha conllevado, como consecuencia, la politización de la vida doméstica, llevada a la praxis por algunas fuerzas políticas, como lugar para la convergencia (fusión), como espacio no tópico para lo imaginario (u-tópico), para la autodeterminación.

Las teorías sobre los movimientos sociales como promotores de la acción colectiva y la identidad cultural acentúan por ello la importancia de la atribución de sentido en el proceso de “liberación cognitiva” que se genera a través de la transformación de la conciencia de los actores sociales implicados, al interpretar el paso de una actitud pasiva a una actitud netamente reivindicativa y de participación social, en el que es preciso prestar atención a las interacciones que nuclea la solidez del grupo y el alcance de su acción pública. Estos elementos deben ser considerados en su justa y debida importancia tomando, como decimos, en cuenta especialmente contextos como el actual, en el que se ha experimentado un desarrollo ilimitado de la dimensión simbólica o, si se permite la expresión, una hipermediatización del proceso de mediación social por saturación.

En las sociedades mediáticas regidas por una alta densidad y distribución de información, la producción simbólica ocupa así un lugar privilegiado en la construcción de los mundos de vida. Ya que, según Melucci, en los sistemas en que la producción material se transforma en la producción de signos y relaciones sociales, el área central de conflicto se sitúa en torno a la habilidad y margen de autonomía que los grupos e individuos tienen o procuran para controlar las condiciones de formación de su acción. De ahí la centralidad de la pedagogía de la comunicación y de debates como el que tiene lugar en edu-comunicación sobre las competencias digitales.

Desde este punto de vista, la comunicación educativa se constituye en el principal medio de intervención y transformación social, pues a partir de las construcciones simbólicas los sujetos pueden apropiarse de la logofera, y del territorio, en su participación a través de los movimientos sociales, frente al excesivo volumen de información desestructurante, logrando reconocerse y reconocer socialmente a “los otros”. La comunicación educativa puede, por un lado, favorecer el que el movimiento social genere identidad, diferencias e integración simbólica. Por otro lado, dialógicamente, la pedagogía de la comunicación puede además conseguir que las redes generen diálogos y sentidos compartidos en la competencia entre los grupos, ya que, desde este marco teórico, el movimiento social asume la configuración de área, de red social en la cual se forma, se negocia o se recompone una identidad colectiva. Los nuevos movimientos sociales pueden, en este sentido, ser definidos como redes de formación generadores de espacios públicos de gestión, de presentación y de reconocimiento, y como movimientos autoconstruidos cuyas prácticas significativas están impregnadas de valores afectivos y pueden expresarse independientemente de las estructuras formales de la sociedad.

La vinculación con los otros, el diálogo para la acción transformadora son aquí decisivos, resultando por ello los aspectos comunicacionales factores estructurantes en todo movimiento. Como bien indica Marcelo Pakman, toda organización social se construye a través de diferentes tipos de historias:

- Los relatos, leyendas, narraciones, fantasías y documentos en los que lo central son los aspectos representacionales del intercambio verbal.
- Las historias de las que somos parte.
- Y las historias encerradas que somos y habitamos como “precipitados formales biológicos, tanto filogenéticos (como la estructura de especie de nuestra corporalidad que nos hace, por ejemplo, tener brazos y no alas) como ontogenéticos (como las cicatrices que nos marcan) y culturales (desde los modos de caminar de nuestra tradición cultural-social hasta las estructuras arquitectónicas que habitamos y los medios tecnológicos que utilizamos, ambas extensiones pero también organizadores de nuestra experiencia cotidiana...)” (Pakman, 1995 : 300).

Parafraseando a Revilla, podemos concluir por tanto que la faceta principal de los movimientos sociales es precisamente la interconexión de los individuos involucrados en el proceso de identificación en su trabajo auto-organizativo de producción del mapa cognoscitivo que la caracteriza como código distinto a otros códigos culturales. La interconexión se entiende, en este sentido, como un factor clave de la emancipación de los sujetos en su esfuerzo por dialogar e interpelarse al interior de sí mismos y con los otros. Este es el núcleo central de definición del problema del desarrollo como una cuestión de carácter metodológico, al pensar las formas contemporáneas de netactivismo, más aún en América Latina donde el oficio del cartógrafo mestizo pasa por perder el miedo a los mapas nocturnos.

La conceptualización de los movimientos sociales como acción participativa exige, en fin, valorizar la acción social de estas organizaciones como una suerte de alternativa cultural creada desde las redes de relaciones sociales según principios de identidad y solidaridad colectivas como una apuesta por la auto-organización de la ciudadanía favorecedores del proceso de construcción

dialógica del sentido y las identidades culturales que estructuran nuestro comportamiento. En cuanto agentes de construcción y dinamización social del conocimiento, los movimientos sociales pueden en esta línea, siguiendo a Luis Tapia, provocar la reflexión histórica necesaria para un cambio social que reestructure de manera ecológica el sistema dominante de información y conocimiento (Tapia, 2013). La articulación de las diferencias de identidad tiene así en la pedagogía de la comunicación un instrumento de mediación cultural privilegiado, de cara a la extensión de redes y “conjuntos de acción”, favorecedores de dialécticas culturales y comunicativas, en las que se descubran sentidos y necesidades latentes que hay que hacer aflorar.

Si la comunicación alternativa se define en relación a la propiedad y uso de los *media mainstream*, siendo su perspectiva subordinante y contrahegemónica, más que de comunicación alternativa, en sentido restrictivo, convendría hablar desde este punto de vista de alternativa de comunicación. Esta sería “la expresión sistemática, coherente, creativa, complementaria, abierta y horizontal, que un grupo u organización logra ir desarrollando como arma de lucha ideológica que expresa e inter-comunica su nivel de conciencia, su avance organizativo y sus luchas” (Núñez, 1985: 133). Desde esta perspectiva, el proceso de democratización de las comunicaciones que propone la comunicación educativa buscaría, parafraseando a Alfaro, asumir el compromiso de un nuevo modelo de articulación que se sustente en la capacidad de diálogo, negociación e intercambio, creando y legitimando espacios públicos de interés social y comunitario compartidos, en la ampliación y discusión de nuevos horizontes de desarrollo para la región. En palabras de Luis Tapia:

Un aspecto importante en la constitución de movimientos sociales es la configuración de espacios públicos, para la circulación de conocimiento, lo cual se vuelve una condición de producción de conocimiento social ampliado, por la existencia de intersubjetividad más amplia y densa. Los movimientos sociales permiten conocer de manera patente las fallas estructurales en una sociedad, en tanto encarnar

la crítica a esas estructuras a través de la politización de una de las formas experiencia que critica de su dinámica y sus resultados (Tapia, 2013: 125).

El desarrollo y consolidación de los propios movimientos sociales representa, de hecho, en este sentido, una expansión de la autonomía personal y colectiva de la ciudadanía, trascendiendo la delegación de objetivos y funciones en favor de una apropiación participativa de los espacios públicos desde lo vivido a lo concebido, sin supeditar un nivel a otro, en función de la integración dialéctica en un mayor nivel de conciencia y responsabilidad social de las actividades de uso común, tal y como observamos en América Latina.

A modo de conclusión y apertura de una agenda de investigación

A partir de la memoria de las prácticas y experiencias de subversión y resistencia cultural de los pueblos indígenas, los movimientos sociales y las fuerzas políticas de progreso en países como México, Chile o Colombia, los gobiernos de la región han tenido que confrontar, en los últimos tiempos, la acción multiplicadora y difusa de las nuevas generaciones de nativos digitales, dispuestos a apropiarse de las redes e impugnar el lugar hegemónico de los medios tradicionales. La inspiración de las nuevas miradas y saber-hacer productivo en el uso y apropiación de las nuevas tecnologías por estos actores colectivos apunta, en nuestro tiempo, nuevos procesos de transformación de la esfera pública que permean y cuestionan la agenda *setting* de los llamados medios oficiales y hasta las cartografías y topologías convencionales delineadas por el Estado nación moderno. En el marco, por ejemplo, de proyectos como *Brasil menor*, *Brasil vivo*, las organizaciones cívicas conectan su voluntad emancipadora con movimientos como el *15M* en España, planteando cómo *Okupar Río* o Sao Paulo en el proceso de modernización acelerada que vive Brasil, a partir del uso ar-

ticulador y la capacidad de organización que facilita Internet y las redes sociales. Por otra parte, iniciativas como la red REDISTIC y el proyecto MISTICA, así como los sucesivos encuentros en torno al Foro Comunicación y Ciudadanía, vienen constatando la emergencia de nuevos procesos de acceso y participación con las nuevas tecnologías, abordando un enfoque periférico y alternativo de construcción de comunidad y ciudadanía cultural latinoamericana en red. La amplia experiencia acumulada desde la década de los sesenta del pasado siglo en la región en materia de comunicación participativa y desarrollo local inspira en esta línea hoy los procesos de empoderamiento en la cultura digital, sea a través de telecentros o de luchas por la tierra de los movimientos indígenas como el pueblo mapuche.

La innovación tecnológica y el recurso de Internet como sistema de comunicación para el cambio social constituyen de esta forma una constante a lo largo y ancho del subcontinente, tal y como prueban algunos informes compilados por la Agencia Latinoamericana de Información desde la década de los noventa. En su estudio “Teoría y práctica de la investigación y la intervención en comunidades y organizaciones sociales”, Eduardo Vizer documenta la proliferación en la última década de numerosos procesos de creatividad y lucha política en el ciberespacio. Del mismo modo, el proyecto “Internet, cultura digital y cultura hegemónica”, del Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires, ilustra cómo Internet es hoy el principal espacio de pugna de los actores políticos en la región, lo que constata significativas transformaciones en las estrategias de intervención política y la constitución de nuevas subjetividades en la generación de identidades colectivas y proyectos transformadores en común.

El rechazo a las jerarquías rígidas y la defensa de la democracia directa en el seno de grupos pequeños y descentralizados constituye en las experiencias documentadas objeto de análisis la esencia y peculiaridad de los movimientos sociales como redes sumergidas en la vida cotidiana. La característica definitoria y denominador común de las diversas experiencias de ciberactivismo es compartir una concepción de la articulación política reticular, ya que como consecuencia de las relaciones cruzadas a todos los niveles, las ac-

tividades de cada uno de los grupos y de los diversos colectivos se desarrollan de manera conjunta compartiendo similares objetivos, dada la exigencia tardocapitalista de transversalidad propia, como vimos con Negri, del modo postfordista de acumulación flexible. En este sentido, podemos definir los movimientos sociales ciberactivistas una “reticulación de redes”. Algo así como un objeto muelle con múltiples fronteras fluidas o poco delimitadas, abierto al cambio y la participación personal de los sujetos, en la definición del saber para la acción y el funcionamiento colectivo con otros grupos sociales. Del mismo modo, todo movimiento social es una malla o red interna no formal de investigación-acción participativa, apoyada en la cultura del grupo y la promoción social de sus miembros como actores protagonistas del cambio social. Por ello, los nuevos movimientos sociales en América Latina fomentan la toma de conciencia comunicacional como aprendizaje colectivo de sus propias posibilidades y recursos, así como de los medios y estrategias enunciativas con que cuentan para la movilización colectiva en pro del proceso de liberación social como una estrategia carnavalesca.

Desde esta lectura, analizar las prácticas de apropiación y uso de las NTIC en la región significa salir de una mirada tecno-centrista y enfocarse en los procesos que se dan entre el medio digital y las personas, siempre tomando en cuenta que el proceso de apropiación está vinculado de forma vital con el cuerpo social y cultural en el cual se desarrolla el medio de comunicación, desde el punto de vista de la cultura cotidiana y las experiencias vivenciales de los sujetos involucrados. De esta forma, el proceso de apropiación o la relación de mediación, como la llama Martín Barbero (1987), está subsumida en la cultura y en las experiencias de las personas. Estas se apropian de los medios para escucharse y reconocerse, un reconocimiento que no es pasivo sino que las transforma. El proceso de apropiación resulta vinculado de forma vital con el cuerpo social y cultural, y es desde esta perspectiva desde la que se legitima el proceso de apropiación. Por este motivo, no es osado sostener que la apropiación se da cuando las personas dan sentido de pertenencia a las herramientas, las valoran y aprenden a usarlas para satisfacer sus necesidades e intereses o de los de su grupo social.

El acto de apropiarse es un acto creativo e intencional de “el que se apropia”, una suerte de autonomía de la acción. No es una concesión de terceros ni impuesta por terceros, ni es concesión previa de lo apropiado (Neuman, 2008), es un proceso en el que los individuos se implican en un proceso de autoformación y auto-comprensión. La capacidad de hacer nuestro implica no sólo la tarea de ensamblar “sino la más arriesgada y fecunda de rediseñar los modelos para que quepa nuestra heterogénea realidad” (Martín Barbero, 2002, p. 17). De esta manera, la herramienta tecnológica se transforma en un objeto relacional y de re-significación de las prácticas diarias de los sujetos involucrados en la experiencia mediática (Rueda Ramos, 2009), generando en el proceso de apropiación y re-codificación de las tecnologías tanto usos diversos como otros nuevos no planteados inicialmente.

En otras palabras, en el uso de la tecnología existe un proceso de adaptación, sustitución y/o rechazo, y sin embargo, de hibridez entre las nuevas tecnologías de información y las viejas tecnologías, entre prácticas residuales y prácticas emergentes. Ejemplo de ello son las luchas de resistencia en defensa de los territorios y los recursos naturales por parte de comunidades campesinas y pueblos indígenas que han emergido como respuesta a las nuevas políticas extractivistas en América Latina y que se caracterizan por el uso creativo de las nuevas tecnologías.

En el modelo de apropiación delineado, se desarrollan determinadas relaciones y vínculos entre el medio y sus usuarios en los cuales se integran aspectos de identificación, de interacción, de proyección, de personalización, de territorialidad y privacidad. Un ejemplo es el caso de los nodos digitales desarrollados por el movimiento mexicano #YoSoy132 (Treré, 2013; Gómez y Treré, 2014), que pusieron en valor los rasgos de una nueva subjetividad, de una nueva ciudadanía dispuesta al diálogo y al debate, a la deliberación y decisión colectiva, con mayor capacidad de autonomía y empoderamiento. La creación de estos nuevos espacios públicos mediáticos también implica la producción de ciberculturas que crean resistencia, transformación o presentan alternativas a las culturas y políticas dominantes, ya sean virtuales o reales.

En esta particular dialéctica, el contexto de producción es el mismo que el contexto de recepción y la horizontalidad de la comunicación entre emisor-receptor da lugar a que la audiencia esté solamente a un paso de poder transformarse en un creador del medio. En suma, las prácticas de apropiación siguen una lógica táctica y no estratégica; se desarrollan en red y se deslizan desde la estructura vertical, es decir que son prácticas que se encuentran determinadas por la ausencia de poder, como la estrategia se encuentra organizada por el principio de poder (De Certeau, 2000). Las tácticas de apropiación de las NITC operadas por estos nuevos sujetos emergentes rehúyen por lo mismo también el poder del conocimiento; las personas que se apropian de la herramienta tecnológica no necesitan apropiarse de todos los códigos de la herramienta tecnológica, sino que se apropian de lo que es necesario en ese momento, en esa circunstancia concreta.

La práctica del *Do It Yourself* (DIY) –hazlo tú mismo– no abarca solamente la dimensión individual, más bien es una práctica puesta en común que, en el fondo, constituye un proceso educacional experimentado y vivido por todos los protagonistas. En estas experiencias el “tú” del DIY se transforma en un “nosotros”, es decir, en la práctica de apropiación se involucran habilidades colectivas y el mencionado DIY se transforma en hagámoslo nosotros mismos (Gravante/Sierra, 2013). La consecuencia es que la práctica mediática, el uso y el significado de los medios digitales en América Latina es el resultado de un conjunto entre los componentes comunitarios –la organización, las reglas y los principios que se refieren al espacio físico y material, etc.– y los elementos de la comunalidad (Díaz Gómez, 2004) –como la existencia espiritual, el código ético e ideológico, la conducta política, social, jurídica, cultural, económica y civil.

Las reflexiones anteriores nos llevan a comprender que el proceso de apropiación de las NITC es un proceso dialéctico por el cual se vinculan las personas y los medios, dentro de un contexto sociocultural, desde los niveles individual, grupal y comunitario. Este proceso de transformación lleva a los protagonistas a reelaborar y redefinir valores, creencias e identidades tomando conciencia de aspectos de la realidad que hasta aquel momento

no habían considerados, al grado de cambiar su percepción de la realidad y actuar en consecuencia. Así, observamos que, en las experiencias latinoamericanas, resulta que a través de las NTIC la ciudadanía proyecta su imaginario social, dando lugar a una propia reelaboración del concepto de práctica política. Por ejemplo, el análisis de las protestas estudiantiles de *los pingüinos* en Chile, del #YoSoy132 en México, han evidenciado cómo el medio ciudadano más que ser un canal de protesta tiene la capacidad de desarrollar propuestas positivas sobre las posibilidades que se pueden dar dentro de una sociedad, siempre y cuando estas propuestas surjan desde la gente y no desde los grupos dominantes. Mientras, los medios ciudadanos desarrollados en los territorios en guerra de Belén de los Andaquíes en Colombia (Rodríguez, 2008) ilustran cómo la comunicación participativa se desarrolla a partir de la ruptura de las narraciones y de las visiones dominantes, y estas últimas son sustituidas por imágenes que simbolizan la práctica cotidiana de las personas, de todo un mundo reprimido y con necesidad de darse a conocer y ser reconocidas.

En definitiva, gracias a la amplia experiencia acumulada desde la década de los sesenta del pasado siglo en materia de comunicación participativa y desarrollo local (Beltrán, 1993), los procesos de empoderamiento en la cultura digital ha llevado a los protagonistas no solamente a pensar en la importancia de disponer de un medio autónomo de comunicación, sino también en reubicar la problemática del poder y de la toma de decisiones, tal y como por ejemplo plantean los movimientos indígenas. De hecho, en el marco de las luchas de los pueblos originarios, se vienen liderando nuevas formas de innovación jurídica y social que han alcanzado reconocimiento político internacional, consolidando así su capacidad de influencia y las propuestas defendidas de nuevos modelos de referencia del buen vivir cuya manifestación más evidente es la organización transnacional del movimiento indígena latinoamericano, amén de los reconocimientos constitucionales, y la propia potencia y capacidad de sus organizaciones de interlocución, que han conseguido romper el cerco mediático y hacerse visibles no sólo en Internet –caso del EZLN o del movimiento mapuche– sino sobre todo en términos políticos al articular desde una perspectiva

regional sus reivindicaciones históricas tal y como demuestra la Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas.

A partir de este tipo de procesos y luchas que han germinado en el subcontinente dando lugar a nuevas ideas, no suficientemente sistematizadas en nuestro campo científico, podríamos afirmar que asistimos a la emergencia de nuevos locus o experiencias de pensamiento e intervención social que, en parte, pueden aportar líneas de desarrollo para la constitución de un nuevo pensamiento comunicológico en la región, al tiempo que una nueva lógica de teorización de la cultura digital y la acción colectiva.

En el actual contexto histórico, la innovación político-social de luchas como la del movimiento indígena latinoamericano proyecta la emergencia de prácticas de comunicación propias y cotidianas, como las asambleas y las mingas de pensamiento y de la palabra a través de la apropiación tecnológica que configuran lo que Arjun Appadurai denomina la dimensión del *trabajo de la imaginación* en la era de la globalización, la imaginación como “un crisol para el trabajo cotidiano de la supervivencia y la reproducción... La imaginación como un hecho popular, social y colectivo... la facultad a través de la cual surgen los modelos colectivos de disensión y de nuevas ideas para la vida colectiva” (Appadurai, 1997:4).

En este sentido, un compromiso estratégico del pensamiento propio sobre las nuevas tecnologías es la recuperación de la memoria colectiva –de las luchas y frentes culturales perdidos o conquistados– la actualización en fin de la historia común, reivindicando la emergencia de las culturas negadas en la modernización latinoamericana. Especialmente en lo que se refiere al debate de los años setenta sobre comunicación y diversidad cultural, las discusiones sobre soberanía y modelos de desarrollo, la exclusión de minorías étnicas y lingüísticas en la comunicación internacional, o las formas de control ideológico y de hegemonía neocolonial que introducen las nuevas tecnologías, hoy deben ser revisadas dando el lugar que no tuvieron a las identidades silenciadas o reprimidas del indigenismo, cuya tradición milenaria debe ocupar una función protagonista en la defensa de una política científica que asuma radicalmente el principio de diversidad cultural.

La incursión de la llamada comunicación alternativa sustentada en la oposición a lo constituido, lo alterno a lo establecido, lo otro distinto a lo institucional en contraposición a los grandes medios, abrió hace décadas una de las ventanas de discusión y aporte más importante al debate de la comunicación desde América Latina y en cierto modo por vez primera visibilizó las culturas indígenas. Hoy los análisis y las investigaciones sobre el tema de comunicación y culturas indígenas aparecen con mayor fuerza en México, Bolivia y Ecuador y se centran en estudiar los procesos de apropiación de tecnologías de la comunicación y la información, desde la radio hasta las tecnologías más recientes, como procesos de reconocimiento cultural. Otra línea de trabajos observan el grado de incidencia y alcance de los discursos mediáticos desde el punto de vista del tratamiento informativo sobre temas indígenas, las formas de inclusión/exclusión e invisibilización de lo étnico, así como la folclorización y exotización de las culturas originarias. Pero en este punto lo que nos interesa es cómo sentar las bases de una *comunicología de la praxis*, esto es, un saber para la acción, una nueva lógica del sentido, que anticipa muchos de los debates contemporáneos, de una historia común conectada, en la emergencia de una *comunicología otra* que en parte favorece los procesos de producción de la cultura digital transmediada y que, de facto, lideran los nuevos movimientos sociales en la región.

El cartógrafo mestizo ha pues de re-mezclar su decir y pensar con estos nuevos actores sumergiéndose en las redes la liberación y esperanza como quizás nunca se hizo antes en la práctica teórica.

Bibliografía

- Appadurai, Arjun, *La globalización y la imaginación en la investigación*, 1997. Disponible en: www.unesco.org/issj/rics160/appaduraispa.html#aa
- Bolaño, César, Mastrini, Guillermo y Sierra, Francisco, *Political Economy, Communication and Knowledge. A Latin American Perspective*. New York, Hampton Press, 2012.
- De Certeau, Michele, *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*.

- México, Universidad Iberoamericana, 2000.
- De Sousa Santos, Boaventura, *Para descolonizar occidente: más allá del pensamiento abismal*. Buenos Aires, CLACSO/Prometeo Libros, 2010a.
- _____. *Refundación del Estado en América Latina: perspectivas desde una epistemología del sur*. Buenos Aires, Antropofagia, 2010b.
- _____. *Epistemologies of the South. Justice against Epistemicide*. Boulder/London, Paradigm Publishers, 2014.
- Díaz Gómez, Floriberto, “Comunidad y comunalidad”. *Diálogos en la acción*, 2, 365-373, 2004.
- Escobar, Arturo, *Una minga para el postdesarrollo: lugar, medio ambiente y movimientos sociales en las transformaciones*. Lima, Programa Democracia y Transformación Global y Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2010. Disponible en: <http://www.unc.edu/~aescobar/text/esp/escobar.2010.UnaMinga.pdf>
- Giddens, Anthony, *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 1993.
- Godoy, Cármen Gloria, “Sitios Mapuches en Internet: reimaginando la Identidad” en *Revista Chilena de Antropología Visual*, 3, 2003. Disponible en: <http://www.rchav.cl/imagenes3/imprimir/godoy.pdf>
- Gómez, Rodrigo y Treré, Emiliano, “The #YoSoy132 movement and the struggle for media democratization in Mexico”. *Convergence*. Special Issue “New Media, Global Activism and Politics”, 2014.
- Gravante, Tomasso y Sierra, Francisco, “Latin America Social Media” en KERRIC HARVEY (ED.). *Encyclopedia of Social Media and Politics*, Londres, Sag, 2013.
- Magallanes Blanco, Claudia, “From Chiapas to the World: The EZLN and the Media”. *The Pacific Coast Council on Latin American Studies at California State University*, 28-30 October 1999.
- _____. “Zapatista Media (México)”. In J. DOWNING (ED.), *Encyclopedia of Social Movement Media* (pp. 563-565). Thousand Oaks, California, SAGE, 2011.

- Martín Barbero, Jesús, *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Santiago del Chile, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Melucci, Alberto, “¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?” en LARAÑA, E. Y GUSFIELD, J. (ED.). *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid, CIS, 1994.
- Negri, Antonio, y Hardt, M. *Empire*. Cambridge, Harvard University Press, 2000.
- Neuman, Michael, “La apropiación tecnológica como práctica de resistencia y negociación en la globalización”. IX Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación. México, 2008.
- Núñez, Carlos, *Educación para transformar, transformar para educar*. México, IMDEC, 1985.
- Pakman, Marcelo, “Redes: una metáfora para la práctica de intervención social” en Dabas E. y D. Najmanovich. *Redes. El lenguaje de los vínculos: hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil*. Buenos Aires, Paidós, 1995.
- Pol Urrútia, Enric, “La apropiación del espacio”. En Lupicinio, I. y POL, E. (EDS.), *Cognición, representación y apropiación del espacio*. Colección Monografías Psico-Socio-Ambientales, 9, 45-62, 1996.
- _____ “El modelo dual de la apropiación del espacio”. En Mira, R., Sabucedo, J. M. y Romay, J. (EDS.), *Psicología y Medio Ambiente. Aspectos psicosociales, educativos y metodológicos* (pp.123-132). A Coruña, Asociación Galega de Estudios e Investigación Psicosocial, 2002.
- Raschke, Joachin, “Sobre el concepto de movimiento social” en revista *Zona Abierta*; N° 69, Madrid, 1994.
- Revilla, Marisa, “El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido” en revista *Zona Abierta*, N°69, Madrid, 1994.
- Riechmann, Jorge y Fernández Buey, FRANCISCO *Redes que dan libertad*. Barcelona, Paidós, 1994.
- Rodríguez, Clemencia, *Lo que les vamos quitando a la guerra. Medios ciudadanos en contexto de guerra en Colombia*. Bogotá, C3/FES, 2008.

- Rueda Ramos, Erika, “Los adultos y la apropiación de tecnología. Un primer acercamiento”. *Mediaciones Sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*, (4), 329-354, 2009.
- Sierra, Francisco, *Hacia una nueva comunicación política. Ética dialógica y configuración virtual de las redes emergentes. El modelo zapatista como alternativa comunicacional*. Madrid, UNED, 1999.
- _____ “De la articulación y construcción social como problema de la Comunicología. Agenda pública e investigación en Colombia”, en YEILOR Y ESPINEL TORRES. *Entre el optimismo y la incertidumbre. Estudio sobre la Política Pública Distrital de Comunicación Comunitaria*. PPDCC (2003-2009). Bogotá, INPAHU, pp. 15-26, 2012.
- _____ “Comunicología del Sur. Hacia una nueva geopolítica del conocimiento”, en *Revista de Estudios para el Desarrollo Social de la Comunicación* Redes.com, N° 10, II Semestre, pp. 8-20 (ISSN: 2255-5919), 2014.
- Subercaseaux, Bernardo, “Reproducción y Apropiación: Dos modelos para enfocar el dialogo intercultural”. En revista *Diálogos de la Comunicación*, (23), 97-102, 1989.
- Tapia, Luis, *Movimientos sociales y conocimiento social en América Latina*. La Paz, Editorial Autodeterminación, 2013.
- Treré, Emiliano, “#YoSoy132: la experiencia de los nuevos movimientos sociales en México y el papel de las redes sociales desde una perspectiva crítica”. *Educación Social. Revista de Intervención Socioeducativa*, 55, pp. 112-12, 2013.
- Yehia, Elena, “Descolonización del conocimiento y la práctica: un encuentro dialógico entre el programa de investigación sobre modernidad/colonialidad/decolonialidad latinoamericanas y la teoría del actor-red”. *Tabula Rasa*, 6, 85-115, 2007.
- Zallo, Ramón, *El mercado de la cultura. Estructura económica y políticas de comunicación*. Bilbao, Gakoa, 1992.
- Zibechi, Raúl, *Autonomías y Emancipaciones. América Latina en movimiento*. Perú, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2007.
- _____ *Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas*. Buenos Aires, La vaca, 2008.